

PAVANA PARA UN CANCILLER DIFUNTO

TRES GRANDES EN TORNO A UN FERETRO

Por **EDUARDO HARO TEGGLEN**

EN torno a los despojos mortales del viejo conciller Adenauer, no tan conciller de hierro como lo fue Bismarck, pero sí de sólida madera de roble, se ha bailado una lenta pavana de jefes de Estado, de jefes de Gobierno, de estadistas, de ministros de Asuntos Exteriores. Tres hombres fundamentales del mundo occidental han robado al muerto su papel de protagonista. Sólo una ocasión así, un pretexto como éste, permitía que se encontrasen juntos el Presidente Johnson, de los Estados Unidos; el Presidente De Gaulle, de Francia, y el conciller del Gobierno federal alemán, Kurt Kiesinger. En torno a ellos danzaba, a destiempo como siempre, la figurilla menuda y preocupada de Harold Wilson, solicitando a diestro y siniestro comprensión para la necesidad británica de ingresar cuanto antes y en las mejores condiciones posibles en el Mercado Común. Dejando aparte a este personaje episódico, la gran comedia de los tres protagonistas se ha organizado así: Johnson y sus colaboradores —Dean Rusk, secretario de Estado, principalmente—, deseosos desde el primer segundo de entablar negociaciones políticas; De Gaulle, decidido a no celebrarlas, refugiado en su aire de luto, más distante que nunca. Y los alemanes —no sólo Kiesinger, sino también Brandt, ministro de Asuntos Exteriores, y Luebecke, Presidente de la República Federal— tratando de reconstruir una imagen de Occidente que fue, en su vida, la obsesión de Adenauer y que en cierta forma, enmascaradamente, recogen ahora sus sucesores, faltos de las estructuras y de las organizaciones internas necesarias para salir del círculo en que están encerrados.

Aparte de unos murmullos en la austera catedral de Colonia, prodigiosamente adornada con el excelente gusto escenográfico que tienen los alemanes para todo aquello que está relacionado con la muerte, De Gaulle y Johnson han tenido una entrevista privada. Ha durado diez minutos. El contencioso franco-americano se ha ido anudando durante años y años; por lo menos, durante todos los años que lleva De Gaulle en el poder. No podía resolverse en diez minutos, ni De Gaulle lo ha intentado. Al final, los portavoces de los dos países han desmentido los rumores acerca de una posible entrevista futura entre los dos jefes de Estado. El contraste con el tiempo de la entrevista Johnson-Kiesinger es significativo: una hora y veinte minutos. Sus problemas son más jóvenes, su identificación es mayor. Una segunda conferencia, más larga, más preparada, les ha llevado a tratar de los temas que tienen en cuestión: principalmente, el tratado soviético-americano para la contención de la difusión de armas nucleares y la retirada de tropas americanas y británicas del territorio alemán. No hay tampoco indicios de que se haya llegado a ningún acuerdo. Tam-

poco lo hubo entre las conversaciones que el general De Gaulle se vio forzado a sostener con los dirigentes alemanes. Incluso se dice que un gesto de cordialidad del Presidente Luebecke —tomó las dos manos del general De Gaulle entre las suyas y se las llevó al pecho— molestó extraordinariamente al viejo militar francés, no solamente por temor a que la espectacularidad del gesto molestase a sus nuevos amigos soviéticos —que acusan precisamente a las manos del Presidente Luebecke de haber sido las que, en su época de arquitecto, trazaron sobre el papel los planos de los campos nazis de concentración—, sino porque sospechaba que el excesivo gesto de cordialidad estaba destinado especialmente a los fotógrafos.

Algunos perspicaces creen poder observar que en esta pavana en torno a un conciller muerto, los sucesores han tratado especialmente de llevar al ánimo de sus aliados que la práctica disolución de esta alianza de postguerra es una catástrofe. Es decir, que han tratado de volverse atrás del esfuerzo —mal hecho, a disgusto, sin ganas— para incorporarse a las nuevas normas del mundo por las que se pretende borrar las fronteras con los países comunistas. Sin armas, Alemania Federal se siente en una situación de desamparo. Sin tensión bélica, su papel se minimiza. Strauss, el hombre más duro del Gobierno de Kiesinger —un auténtico sucesor de Adenauer—, teme ahora que la OTAN se convierta «no en una alianza real, sino en un protectorado americano rodeado y ayudado por miembros secundarios». La sincera y directa declaración de Johnson en octubre del año pasado, en la que sostuvo que Estados Unidos continuarían junto a la URSS «paso a paso, para que avancemos juntos todo el tiempo que ellos lo deseasen», puede suponer la aceptación del actual mapa de Europa, o por lo menos de un «statu quo». En el actual mapa de Europa, Alemania está dividida, carece de bombas atómicas y de acceso colectivo a las bombas atómicas americanas y sus fronteras son más breves, más sucintas de lo que Hitler soñó, y que sostienen ahora no sólo los neo-nazis, que paso a paso van acrecentando su importancia —el NPD, su partido, ha ganado votos y puestos en dos Estados federales en las elecciones celebradas en el mismo domingo en que se lloraba a Adenauer—, sino el propio Gobierno Kiesinger. Para ellos, la guerra del Vietnam ha sido un desastre. No en el sentido en que opina todo el mundo —o, por lo menos, una gran parte del mundo— sino en un sentido muy peculiar. Si por una parte aprueba el esfuerzo de guerra americano —puesto que la exhibición de la fuerza está en su doctrina, y no sólo en su doctrina, sino en las conveniencias de su industria pesada—, el desplazamiento de la atención americana de Europa a Asia les resulta particularmente dañino.



Luebke enlazó las manos de Johnson y De Gaulle, antes del almuerzo al que asistieron los mandatarios llegados a Bonn para el funeral del ex canciller Adenauer.

Estas posiciones no son nuevas. Llevan planteadas más de un año, o al menos un año. Los Estados Unidos, en efecto, están mesmerizados por su enorme y trágica aventura asiática, ilusionados en saldar su enorme y trágica aventura de postguerra en Europa —la guerra fría—; De Gaulle, en efecto, sostiene glacialmente su desafío global a la política americana y labra su propio destino como una tercera fuerza; y sin duda Alemania Federal trata de conjuntar a estos dos interlocutores en su beneficio propio. Pero se esperaba —precisamente en Bonn, posiblemente en Washington— que la ocasión tan aparentemente oportuna de la muerte de Adenauer diera la posibilidad de una aproximación de puntos de vista. No ha sido así, porque no puede teórica ni prácticamente ser así. Ninguno de los tres países es enteramente dueño de su destino. Ningún país del mundo, sea cual sea su fuerza militar y económica, su arrogancia y su exhibición de poder,

es enteramente dueño de su destino. Hay cada vez mayores relaciones de interdependencia. La época de una santa alianza es anacrónica, y no hay resurrecciones posibles; tan definitivamente muerto como lo estaba el canciller Adenauer, lo está la idea de una Europa donde la concepción militar vuelva a superar las concepciones técnicas, comerciales o industriales.

Estos tres supervivientes de Adenauer buscan demasiado sus posturas nacionales, sus intereses privados; se olvidan demasiado de que estamos en una edad ecuménica, como para poder reconstruir un esquema de Occidente que nunca llegó a ser más que una pura idea diplomática. Es preciso quizá que la actual generación senatorial en el poder en el mundo occidental sea superada, y que le suceda otra menos comprometida, menos nostálgica, menos nacionalista, menos arcaica, para que se pueda llegar a una cierta eficacia. Foto CIFRA